

NO AL PACIFISMO ANGUSTIADO

LA LIBERTAD DEL HOMBRE, MEDIDA DE LA PAZ

por KURT KRENN*

Los límites y la ambigüedad del debate contingente sobre la paz surgen muy claramente en el impecable análisis de Kurt Krenn, profesor de Teología sistemática en la Universidad de Ratisbona, que denuncia la inmoralidad radical de una paz que funda su legitimidad en el temor al apocalipsis nuclear: es decir, con tal de asegurar a los hombres la mera subsistencia biológica, es posible negar, directamente, los valores de justicia y libertad, y desconocer la dignidad singular de la persona humana, determinada por el principio radical del equilibrio de fuerzas. A un pacifismo tan cargado de angustia —plantea Krenn—, la doctrina cristiana de la paz opone, desde siempre, la verdad del hombre en cuanto hijo de Dios, encontrando en ella cimientos sobre los cuales edificar una paz conforme a la condición ontológica de la criatura espiritual. Siguiendo la huella de las enseñanzas de Juan Pablo II, el autor teje una vasta red de reflexiones sobre la misericordia cristiana, entendida como fidelidad a la verdad revelada y como reconocimiento incondicional del prójimo, y concluye observando que sólo ella posee la capacidad ética intrínseca de transformar a las masas atemorizadas por la amenaza total en comunidad de hombres libres y responsables, unidos por lazos de mutuo amor.

Cada vez que en el curso de la investigación histórica hemos llegado a establecer lo que los hombres entienden por felici-

* KURT KRENN: Catedrático de Teología sistemática de la Universidad de Ratisbona.

dad, armonía y plenitud de vida, hemos topado en forma automática con su anhelo devorador de libertad y paz. Rara vez se ha visto disminuir, en la historia, esta doble aspiración. Por el contrario, hay noticias más abundantes sobre la lucha por la paz —teniendo en cuenta que las guerras se han librado casi siempre para conseguir una posición de fuerza: sólo la victoria en el campo de batalla parece a los hombres el medio idóneo para dar orden al mundo y fundar gracias a él la paz. Esta debe conquistarse siempre con prepotencia, sometiendo y manteniendo en sujeción, ya sea al bandido o al perturbador de la tranquilidad pública, a quien viola los pactos o a quien aspire al poder, y de igual modo al vagabundo o al sin ley. Casi nunca hemos sabido en la historia de una paz surgida de la igualdad de fortuna, de un equilibrio en el intercambio de bienes, de una amistad desinteresada o del respeto a la dignidad de la persona y de sus derechos. De este modo, la paz, tal como aparece en la historia, está con frecuencia ligada a realidades que en sí mismas nada tienen que ver con la *paz*, como, por ejemplo, la superioridad militar, la intimidación, la sujeción, la ocupación, las sanciones punitivas, la dependencia económica, la violación brutal de los intereses de la colectividad o de la conciencia nacional, la alteración de las relaciones sociales, la colonización cultural, la eliminación violenta de las clases dirigentes y aún de sus allegadas.

La paz que se construye sin tomar en cuenta la verdad del ser del hombre como tal, puede mutarse rápidamente en una íntima contradicción y, esto es, en una paz violenta, una paz que se concreta mediante la coerción.

Una peculiaridad inherente a la casi constante representación histórica de la paz, es que ésta tiene su fundamento en un concepto *ajeno*. Ningún estudiante ignora la famosa consigna latina: “Si quieres la paz, prepárate para la guerra” (*Si vis pacem, para bellum*). El filósofo Immanuel Kant, frente a la encrucijada histórica anunciadora de una nueva era, escribe en 1795 —a edad tardía— el opúsculo ‘*Per la Pace Perpetua*’, en el cual indica tres “máximas sofísticas”, de cuya observancia debiera surgir la paz, pero que carecen, sin embargo, de una verdadera base moral: 1) *Fac et excusa*, esto es, aprovecha la ocasión propicia para apoderarte arbitrariamente de un determinado bien; la justificación adoptada tras el hecho consumado será más fácil y sugestiva, haciendo excusable la violencia ejercida. Tal osadía dará cierto crédito a la legitimidad del acto. 2) *Si fecisti nega*, esto es, no reconocas que el mal cometido ha sido obra tuya, sino sostén la tesis de que quien no neutraliza a los otros mediante la fuerza, debe esperar que éstos lo neutralicen a él coartando su libertad personal. 3) *Divide et impera*, vale decir, que si tienes asuntos que resolver con otros Estados, la acción apuntada a suscitar conflictos entre ellos será un medio bastante seguro para someterlos uno después del otro, interviniendo con el pretexto de ayudar al más débil.

Desde una perspectiva tan crítica y pesimista, surge necesariamente la pregunta de si en la historia, en el ámbito de la gran política, ¿se ha producido una paz basada esencialmente en la moralidad positiva de las partes? ¿Ha sido ésta alguna vez algo más que la voluntad del más fuerte, impuesta y finalmente aceptada? Si consideramos en este sombrío contexto a los movimientos pacifistas actuales, con las filas kilométricas de personas tomadas de la mano, el paradigma supremo del Sermón de la Montaña como fórmula política para una paz universal, el rechazo verdaderamente pueril del equilibrio del terror, y la proclamación del desarme casi en tonos proféticos, deberemos decir entonces que la vasta historia mundial ha suministrado sólo un ejemplo de paz fundada en una plataforma de valores éticos.

Examinemos la génesis de la paz en la historia; vemos que ésta es siempre la cesación de la lucha y la instauración de la tranquilidad; y esto ocurre cuando se impone el más fuerte, o cuando el más débil adhiere a nuevos principios y cambia su comportamiento.

Sin embargo, un principio de la paz tan absoluto puede convertirse en una contradictoria envoltura de palabras que, con el pretexto de la paz, pone en peligro a la paz misma.

Debemos, por tanto, preguntarnos si acaso conocemos una vía “moral” hacia la paz, más allá de las razones del más poderoso. ¿Existe, en general, una *doctrina pacis*? ¿Hay una doctrina de la paz que no dependa del interés político internacional del más fuerte, válida siempre y para todos, y a la que todos deban someterse para fundar la paz? Con esta pregunta sobre una doctrina válida de la paz desembocamos en una de las interrogantes más serias sobre el hombre mismo. ¿Es éste, en su esencia, plenamente apto para la paz? Quien considere la historia de la humanidad, descrita en sus épocas fundamentales como una crónica de guerras, responderá probablemente con resignación: *nihil novum sub sole*, el hombre en sí mismo no posee la capacidad de vivir en paz. Esta convicción llevó a Kant, en “Por la Paz Perpetua”, a hablar de la “maldad de la naturaleza humana, que parece manifiesta en las relaciones espontáneas entre los pueblos”.

Existiría, pues, en el hombre, una íntima perversidad, que conduce a la guerra, y que éste hace surgir en el comportamiento hacia sus semejantes haciendo valer sólo criterios meramente naturales; entonces el hombre reprime los derechos y la dignidad de sus semejantes, renuncia a la propia humanidad y obedece al

brutal derecho del más fuerte; cuenta con él sólo el cálculo de las ganancias y del poder, y no hay posibilidad alguna de retorno desde el darwinismo político, de manera que el terror, el peligro, la disimulación y el control total serían los factores que regulan la alternación de guerra y ausencia de guerra. Con estos parámetros, la paz se convierte en algo "impensable", pasando a ser una mera situación en que el más fuerte impone la tranquilidad, o en que las fuerzas se hallan en equilibrio.

En muchos países, entretanto, el anhelo de paz ha sido elevado a la categoría de ciencia. Existen actualmente no pocas instituciones, que se ocupan de la investigación sobre las causas de los conflictos y de la elaboración de estrategias de paz.

Pero, a pesar de la buena voluntad de los investigadores, no se ha encontrado todavía ninguna de estas últimas que haya resultado exitosa. Hay, por otra parte, una serie de teorías políticamente eficaces, que consideran la guerra una realidad causalmente establecida y necesaria en determinados procesos. Según ellas, no constituye un mal absoluto y, con gran astucia, se distingue entre guerras justas e injustas, reaccionarias y revolucionarias. La guerra es, por ejemplo, interpretada como fenómeno histórico que subsistirá mientras haya sociedades de clases contrapuestas: es el caso de Lenin (1).

La guerra no obstante no es sólo el material histórico de la así llamada lucha de clases. A veces son formuladas incluso teorías que establecen las causas de la guerra en la soberanía de los Estados nacionales, hasta llegar a la frustración de la psiquis individual o colectiva. No obstante lo anterior, siempre más apreciable se vuelve la pregunta de ¿en qué medida la guerra y la paz sean dependientes de causas que en nada se relacionan con la interioridad del hombre, en nada con sus fines y sus decisiones personales, en nada con sus derechos y sus necesidades? ¿Qué

(1) Cfr. "Diccionario Marxista-Leninista de Filosofía".

importancia tiene, a menudo, el hombre como individuo, sobre el que se abate la guerra y que en ella perderá la propia seguridad, la patria, la libertad y la vida? ¿Existe alguna defensa contra las causas de la guerra? ¿Existe una paz de la cual el hombre sea responsable personal y moralmente, o bien cada anhelado deseo de paz queda sofocado entre las redes de causas sobre las que no tiene control alguno? Por mucho tiempo hemos asegurado tener un conocimiento preciso de la paz.

Todo aquello que no contempla el verdadero ser del hombre, tarde o temprano se vuelve contra él, acarreándole desventura y destruyéndolo. Quien rehúsa medir la paz sobre el verdadero ser del hombre podría tener la osadía de afirmar: dad a una autoridad todos los poderes mundanos, y entonces ciertamente reinará la paz, puesto que ninguna otra fuerza o poder estará en posición de perturbarla.

Conocemos de hecho todas las posibles causas que llevan a la guerra: la injusta distribución de los bienes; una infinidad de “ismos”, desde el nacionalismo hasta el racismo y el fascismo; la agresividad ínsita en la psiquis frustrada del hombre; la tendencia al predominio; la envidia social y entre las naciones; el egoísmo, la demagogia y la instigación; la actitud desafiante; la opresión; el hambre y tantos otros factores etiológicos. Si afrontamos estas causas de guerra con conocimiento, si las resistimos, si las eliminamos, creemos haber promovido o instituido la paz. Pero ¿qué es la paz en sí, de qué se substancia ella?

EL FALSO ABSOLUTO DE LA PAZ

Todas las fórmulas y utopías de la paz ceden ante la misma ilusión: la de poder fundar cierto tipo de orden y equilibrio que defina la vida pacífica como la felicidad suprema del hombre.

Estas fórmulas utopistas intentan repetidamente eludir el argumento de que la paz no es tanto un status felizmente construido como más bien una cualidad del vivir que considera la constante libre decisión del hombre. La paz no es un estado que, una vez alcanzado, sea tal de permitir que las libres decisiones del hombre se expresen francamente en nombre de la paz. Es exactamente al revés: la paz se vuelve un estado político sólo cuando el hombre se decide libremente por la paz.

Morir queda siempre como el ineluctable destino de los hombres. El hombre que se encamina hacia la paz sólo por el miedo ante la muerte, concediendo que no haya guerras, opera en definitiva para vivir probablemente apenas algún decenio de más. Pero incluso la vida más larga, habrá sido al momento de morir demasiado corta.

Los agitados y exhaustivos debates por la paz en los últimos tiempos han elevado la paz a valor absoluto y supremo; todas las otras cosas son para subordinarlas al deber hacia la paz. Frente a un posible exterminio total de la humanidad y de una destrucción radical de la Tierra por medio de las armas atómicas, la paz ha sido elevada al valor supremo, sin una alternativa. Mucho antes de estos actuales debates sobre la paz, los Papas había reafirmado constantemente la doctrina de la Iglesia sobre la paz condenándola en esta frase: “ ¡Con la guerra todo está perdido!” . Como

cristianos podemos estar plenamente de acuerdo en que a la paz le corresponde una absoluta preeminencia. Sin embargo, un principio de la paz tan absoluto puede convertirse en una contradictoria envoltura de palabras que, con el pretexto de la paz, pone en peligro a la paz misma. Afanarse por el principio de la paz puede dar lugar a una opción peligrosa, si la paz no se desarrolla sobre el verdadero *ser* del hombre. Esto significa que quien concibe la paz como un “estado” edificable, y no incluye el libre albedrío del hombre, proyecta una falsa paz. Quien propugna la paz como un mero “estado”, elevándola al mismo tiempo al principio político absoluto, reclama para sí el derecho de introducir cualquier sistema político, con tal de que se salvaguarde como objetivo esencial que el mundo se mantenga tranquilo.

El debate sobre la paz, motivado únicamente por el miedo generalizado hacia la muerte, ¿no es tal vez un debate cuyos participantes piden algunos años más de vida, preocupados posiblemente de fallecer en la cama propia antes que desintegrados por la bomba nuclear?

Y mientras en el entusiasmo de esa hipótesis se habla aún de la no violencia, es posible haber abierto la vía a un estado de paz, el cual asegura la convivencia pacífica sólo con la fuerza. La paz que se construye sin tomar en cuenta la verdad del ser del hombre como tal, puede mutarse rápidamente en una íntima contradicción y, esto es, en una paz violenta, una paz que se concreta mediante la coerción.

Todo aquello que no contempla el verdadero ser del hombre, tarde o temprano se vuelve contra él, acarreándole desventura y destruyéndolo. Quien rehúsa medir la paz sobre el verdadero ser

del hombre podría tener la osadía de afirmar: dad a una autoridad todos los poderes mundanos, y entonces ciertamente reinará la paz, puesto que ninguna otra fuerza o poder estará en posición de perturbarla. En tal caso, la paz quedaría como tal para siempre, pero así quedaría configurada sólo como violencia absoluta del único más fuerte. La paz llegaría a ser el pretexto y la justificación moral del *Diktat* ejercido por el más prepotente. Para nosotros los cristianos, ¿existe un medio para reconocer tal absoluto de la paz, de manera que el valor de ella esté a disposición del hombre libre y no del más fuerte?

LA PAZ HUMANIZADA

La doctrina de la paz tiene en la Iglesia Católica una larga tradición. Mucho antes de que la gran política reconociera la paz como el valor incontrovertiblemente más grande, fueron los Papas quienes siempre confirmaron y profundizaron la doctrina de la paz. Aun desde los inicios, la Iglesia Católica ubicó la paz en inseparable relación con la libertad, la moralidad y la dignidad del hombre.

Por lo tanto, la doctrina católica nunca tuvo necesidad de recurrir al miedo absoluto del hombre o al *shock* atómico para presentar la paz como el bien más urgente de conseguir. De hecho, la paz, que ha llegado a ser en los últimos tiempos tan apremiante, se erige sobre una base muy frágil si invoca sólo al temor radical del hombre ante la muerte. Morir queda siempre como el ineluctable destino de los hombres. El hombre que se encamina hacia la paz sólo por el miedo ante la muerte, concediendo que no haya guerras, opera en definitiva para vivir probablemente apenas algún decenio de más. Pero incluso la vida más larga, habrá sido al momento de morir demasiado corta. Entonces, el debate sobre la paz, motivado únicamente por el miedo generalizado hacia la muerte, ¿no es tal vez un debate cuyos participantes piden algu-

nos años más de vida, preocupados posiblemente de fallecer en la cama propia antes que desintegrados por la bomba nuclear?

Esta pregunta puede sonar exagerada o cínica. Pero la discusión relativa a la paz basada sólo sobre el miedo no ofrece, en definitiva, ninguna otra perspectiva. El impulso del miedo no posee ningún elemento éticamente mensurable, más alto que aquel que tiende a prolongar la supervivencia del individuo; sobrevivencia destinada, de una u otra manera, a terminar. Es una connotación específica del miedo total que los hombres rechacen incluso perpetuarse a través de los hijos, destinando todo su empeño a favor del incondicional derecho a disfrutar de la vida.

No hay razón para escarnecer el miedo; pero tenemos el deber indeclinable de dirigir al miedo una crítica motivada. El mal intrínseco del miedo es que éste le quita al hombre toda otra verdad que podría haber más allá de la frenética y desesperada fruición de los días propios.

El solo miedo no tiene en sí las motivaciones para una responsabilidad constructiva, de tal modo de trascender el placer de la vida. Sin embargo, el miedo total de los hombres ante la catástrofe absoluta puede ciertamente creerse fundada sobre múltiples indicios que configuran el estado actual del mundo. No hay razón para escarnecer el miedo; pero tenemos el deber indeclinable de dirigir al miedo una crítica motivada. El mal intrínseco del miedo es que éste le quita al hombre toda otra verdad que podría haber más allá de la frenética y desesperada fruición de los días propios. Todo aquello que no queda incluido en el fatal goce estimulado por el miedo viene sustraído al hombre como realidad: así el hombre, situándose en el miedo, pierde todo sentido de la reali-

dad. El miedo es la raíz de la pérdida de la verdad y de la realidad de nuestro tiempo. El miedo se recluye en sí ante cada reflexión racional. El miedo corta las vías de comunicación, destruye los ordenamientos sociales; puesto que es ausencia radical de cultura, el miedo degenera en supervivencia sin parámetros éticos.

El miedo, en fin, reproduce la imagen original del caos y no es de hecho difícil reconocer esta naturaleza caótica del miedo en numerosas manifestaciones específicas de nuestra época.

El miedo total aniquila la racionalidad del hombre y, por lo tanto, la íntima esencia humana. Se puede entonces imaginar cuán poco operante pueda ser una paz inspirada por el solo imperativo de semejante miedo, el cual, eliminando el uso de la razón en el ser humano, puede promover solamente una paz instrumentalizada, o sea, un simple estado que se establece sin tomar en cuenta la verdadera esencia del hombre. Tal estado de paz carece de perspectiva de futuro, ya que el miedo se adhiere sólo al puntual e inmediato goce de la existencia.

Y la paz instrumentalizada, vuelta inhumana, es la paz como mero *status* que, necesitado para preservar a los hombres de la destrucción en la guerra, no encuentra más espacio para la explicación del verdadero o íntimo ser del hombre.

En una paz deshumanizada, el hombre, con su pretensión de gozar la vida (dictada por el miedo), configura sólo la “coerción” hacia la paz. Una paz humanizada, por el contrario, no sitúa al hombre en la constricción a la paz, porque en la paz humanizada es el hombre el motivo de la paz misma.

En la cuestión de la paz es el hombre quien está en juego. Sin embargo, no es el hombre quien debe subordinarse a la paz, sino más bien al revés, es la paz la que debe llevar a la plenitud el verdadero ser del hombre. El hombre posee una disposición y verdad interior tan grande que puede ser él mismo el prototipo, el modelo y el ideal de la paz. ¿Es posible afirmar que no a través

de la paz es como el hombre surge y llega a ser hombre, pero que sí a través del hombre la paz aparece y llega a ser paz? ¿Hemos propuesto acaso un engañoso juego de palabras?

Con la afirmación de que sólo a través del hombre la paz surge y se convierte entonces en una paz humanizada, tendemos a decir lo siguiente: la paz no es una especie de jardín, que primero se construye y en el cual luego es colocado el hombre. La paz no puede ser hecha antes que el hombre, ni dejando a éste a un lado. Sólo poniendo en evidencia el verdadero ser del hombre se da *la paz humanizada*. La paz humanizada no reconoce en el hombre simplemente el lugar en que se explica el juego de las fuerzas, y en el cual al final sólo la pura fuerza determina a la paz. La paz humanizada procede de una verdad interior del hombre, la única que ofrece la oportunidad para una paz digna del ser humano.

El miedo total aniquila la racionalidad del hombre y, por lo tanto, la íntima esencia humana. Se puede entonces imaginar cuán poco operante pueda ser una paz inspirada por el solo imperativo de semejante miedo, el cual, eliminando el uso de la razón en el ser humano, puede promover solamente una paz instrumentalizada, o sea un simple estado que se establece sin tomar en cuenta la verdadera esencia del hombre.

Quien no dice antes qué es el hombre, y qué cosa debería ser, no posee ninguna verdadera autoridad para hablar de paz o proponer un ordenamiento de paz.

Se podrá objetar que la paz deshumanizada, como un mero estado de tranquilidad, siempre es de todos modos mejor que cualquier guerra. Esta afirmación, que de todas maneras no sería

aceptada *in toto*, pero sí verificada caso por caso, desde otra perspectiva manifiesta un aspecto de la total desviación de la conciencia en mérito al problema de nuestro tiempo. Es signo particular de la actual mentalidad que domina los debates, que los temas de la paz y la guerra sean tratados constantemente sobre la base de la amenazante destrucción total. Naturalmente, si se medita sobre la paz bajo la luz de la amenaza total, todo pensamiento dirigido hacia una paz humanizada parece superfluo o tardío. Esta conciencia del problema, tal como se ha ido configurando hoy, constituye el obstáculo mismo, ya que desde el comienzo cada problema es presentado de una manera tan compleja que aparece inmediatamente insoluble por la persona como individuo. Ocurre entonces que se habla sin fin en torno a la guerra y a la paz, sobre el hambre y la miseria de los pueblos, sin que un solo hombre haga algo o por lo menos sepa qué hacer. Los así llamados “problemas mundiales” no se vuelven otra cosa que neurosis de los impotentes.

LA INTRINSECA IRRACIONALIDAD DE LA GUERRA

La doctrina de la Iglesia Católica relativa a la paz es una doctrina sobre la paz humanizada. Por lo tanto ella se pregunta en qué modo la paz pueda servir al hombre; sólo posteriormente se impone la pregunta en cuanto a qué manera puede el hombre servir a la paz. Entonces *es el hombre la medida de la paz*. Para la Iglesia el hombre tiene en su existencia tal plenitud de verdad, que es suficiente empeñarse por la verdad del hombre para que la paz sea fundada y asegurada.

Una fórmula de paz que menosprecie adherirse a las características esenciales del hombre es como un *moloch* ideológico, por más pacifistas que puedan ser los acentos. Así entonces a la voluntad de paz de la Iglesia se le reprueba a veces cierta tibieza, cuando ella, más allá de invocar el desarme general, exige la pro-

tección y, consecuentemente, también la defensa de determinados bienes inherentes a la dignidad humana. La Iglesia está empeñada en las confrontaciones del hombre en toda su plena verdad y dignidad: allí donde el así llamado “humanismo” amenaza con degenerarse en el pacifismo incondicional, ella está llamada a recordar las irrenunciables connotaciones impresas por Dios en el hombre.

En el discurrir del debate por la paz, será siempre más evidente cómo la diversa evaluación que se hace con respecto al hombre ilumine con máxima claridad el distinto ideal y el distinto objetivo de las singulares conexiones del mundo. El ulterior desarrollo de las discusiones sobre la paz generará todavía muchas polémicas y enfrentamientos políticos, así que bien pronto quedará de manifiesto que, por ejemplo, la paz del socialismo escatológico no es la paz de un mundo cristianamente ordenado. En el presente estudio, de todos modos, el discurso no versa sobre el rechazo de algunos ordenamientos políticos de la paz. Aquí queremos reflexionar sobre la doctrina de la paz de la Iglesia Católica, y sobre una paz digna del hombre en la visual cristiana del mundo y de los hombres.

En la cuestión de la paz es el hombre quien está en juego. Sin embargo, no es el hombre quien debe subordinarse a la paz, sino más bien al revés, es la paz la que debe llevar a la plenitud el verdadero ser del hombre.

La expresión clave, con la cual la Iglesia Católica pone la cuestión de la dignidad humana de la paz, es *la libertad del hombre*. En la Jornada Mundial de la Paz de 1980, Juan Pablo II afirmó: “*Para servir a la paz, respetemos la libertad*”. Y, en el mensa-

je por la Jornada Mundial de la Paz de 1983, el Santo Padre reafirmó: *“Sería necesario, ante todo, que las personas y los pueblos consiguieran una real libertad de espíritu”*. (n. 3).

Es el hombre de recto pensamiento, persuadido de la dignidad humana, el que, a juicio de Juan Pablo II, posee el coraje de *“defender a los otros que sufren y rehúsa capitular ante la injusticia, de comprometerse con ella”*; y, por todo aquello que parezca paradójal, también aquel que quiere profundamente la paz rechaza todo pacifismo que equivalga a debilidad o a simple mantenimiento de la tranquilidad. De hecho, aquellos que están tentados de imponer su dominio encontrarán siempre la resistencia de hombres y mujeres inteligentes y con coraje prontos a defender la libertad para promover la justicia. El Papa subraya muy bien que la guerra es en sí irracional, que la única vía digna del hombre es el principio ético de la normativa pacífica de los conflictos (cfr. n. 4); este principio ético impone de todas maneras también el mantenimiento del principio de legítima defensa.

La paz no es una especie de jardín, que primero se construye y en el cual luego es colocado el hombre. La paz no puede ser hecha antes que el hombre, ni dejando a éste a un lado. Sólo poniendo en evidencia el verdadero ser del hombre se da la paz humanizada.

LA VIA ETICA DE LA PAZ

Los terribles riesgos vinculados a una enorme fuerza de destrucción han convertido la guerra en “impensable”. No obstante, la vía hacia la paz debe ser una *vía ética*, una vía del hombre do-

tado de clara conciencia, una vía del hombre capaz de decidir libremente.

¿Pero cuándo puede ejercitar el hombre verdaderamente su conciencia? Ciertamente no cuando, bajo condiciones de miedo total, mide todo sobre cómo conseguir el disfrute integral de los días de su vida. El pacifismo inducido por el miedo total no puede responder de la conciencia, ni de la sobrevivencia de la especie humana, ni de los hijos, ni de los hijos de los hijos, ni de la solicitud por el planeta Tierra, ni de la prevención de crisis y catástrofes, aún si todo esto viene envuelto en una abundancia de palabras.

La paz humanizada no reconoce en el hombre simplemente el lugar en que se explica el juego de las fuerzas, y en el cual al final sólo la pura fuerza determina a la paz. La paz humanizada procede de una verdad interior del hombre, la única que ofrece la oportunidad para una paz digna del ser humano.

¿Para ejercitar realmente la conciencia, el hombre necesita quizás lo contrario del miedo total: la clara armonía de las cosas, la liviandad de la vida, una alegría inmune a las turbaciones, un paraíso de voluptuosas posibilidades edificado conjuntamente por pedagogos, psicólogos, filósofos, sociólogos, politólogos? Ni siquiera un paraíso de tal género daría lugar a la realidad de la conciencia. La realidad del hombre es, en lugar de eso, la seriedad del momento vivido; allí el hombre debe ejercitar la propia conciencia. Pero, para hacerlo, ¿qué le es preciso?

Para poder ser verdadera y realmente hombre, éste necesita de la libertad. Sólo así la conciencia puede ser tal. Aquello que

nosotros llamamos libertad del hombre, se despliega para él en una multiplicidad de grados y tiene muchos nombres. A la libertad aspira el joven para poder ser aquello a lo que tiende; a la libertad aspira el prisionero; libertad reclama el ciudadano para hablar, decidir, reunirse, adquirir una cultura, para tener una casa y viajar, para el arte, para la enseñanza y la investigación, para la educación de los hijos, para formar y mantener una familia, para escoger el ordenamiento y los organismos de la propia comunidad, para la información, para la planificación del trabajo y la economía. Libertad pide el creyente para profesar y hacer respetar su fe. Este repertorio de las libertades humanas podría extenderse aún a otros muchos conceptos y ámbitos.

En cada una de estas numerosas exigencias de libertad vive y está activo el mismo fin: libertad para poder ser hombre, y hombre según una muy bien precisada verdad. El pensamiento filosófico reconoce en la libertad del hombre una determinación fundamental doble: 1) Libertad como independencia de causas externas; esto quiere decir que la razón última del hombre que decide no está constituida por causas provenientes del mundo circundante: las fuerzas políticas, los golpes de la fortuna, la distribución de los bienes, las innumerables estructuras y factores. La razón última del hombre puede ser sólo el hombre en sí; con esto la libertad revela, 2) el indestructible deseo del hombre de poder experimentarse en la libre decisión. En ella quiere el hombre —más allá de coerciones, órdenes, reglas, justificaciones e influencias— experimentar ilimitadamente qué es él, qué cosa es sin condicionamientos, en su esencia.

La libertad es la oposición radical de cada hombre al extrañamiento, contra toda fuerza que busque determinarlo desde fuera. Por cierto que la pura e ideal libertad no se da en parte alguna; en todas partes el hombre, para lograr la libertad, debe superar las múltiples fuerzas que lo rodean y lo condicionan. La libertad es el signo indeleble de la exigencia que el hombre debe experimentar siempre más: ¿Quién soy yo? ¿Qué es el hombre?

El hombre puede abusar de la libertad de muchas maneras: egoísmo, arbitrariedad, irresponsabilidad, delito, violencia y pecado son los nombres de una libertad mal empleada. El hombre que abusa de ella puede perjudicar la libertad; cuando se sirve de ella de una manera aberrante, él se apoya sólo en la dimensión formal de la libertad, olvidando que la libertad posee también una verdad interior, indisolublemente ligada a la verdad del ser del hombre. Aquel que separa la forma a través de la cual la libertad se manifiesta de la verdad que le es inherente, corre el riesgo de hacer un mal uso de la libertad, ya que no todo lo que se hace libre y voluntariamente es un bien en cuanto a tal. La libertad debe llevar al cumplimiento una bien precisa verdad del ser del hombre: una libertad contraria a la verdad del ser del hombre es un arbitrio, abuso, soberbia, pecado.

En la discusión sobre la paz se puede fácilmente convenir sobre el concepto de “paz en la libertad”, que configura la libertad como irrenunciable dimensión de una paz digna del hombre y que por lo tanto debe ser defendida conjuntamente en cada esfuerzo en favor de la paz. El verdadero ser del hombre no sólo es la medida de la paz, sino que también es la medida y el criterio de la libertad.

Quien no dice antes qué es el hombre, y qué cosa debería ser, no posee ninguna verdadera autoridad para hablar de paz o proponer un ordenamiento de paz.

EL PRINCIPIO DE “IGUALDAD”

Una palabra central en la doctrina social católica, y también en la doctrina católica de la paz, es “persona”: cada hombre es

persona, cada hombre es único e irrepetible, cada hombre tiene una dignidad y posee derechos que no son la sociedad y el mundo quienes se los confieren, ni pueden quitárselos. En este ser persona cada hombre como individuo es el sentido del mundo, el sentido de la creación, el sentido de la historia, e incluso el sentido de la Redención. En cuanto el hombre es persona, es igualmente ese "todo" que nada en el mundo puede sobrepasar o volverlo relativo. De modo tal que la pregunta última relativa a la justificación de cada política y de todo lo que ocurre y se realiza en el mundo debe siempre referirse al hombre y a su dignidad como persona.

¿Pero de dónde la doctrina católica sobre el hombre obtiene el fundamento para colocar a cada hombre, en cuanto persona, a una altura tal que no pueda ser alcanzado o superado por nada? ¿Una hipervaloración tal de la persona humana no produce tiranía, arbitrariedades, individualismo, egoísmo, conflictos permanentes y hasta la paz misma no es puesta en peligro por tal imagen del hombre? Esta objeción crítica sería por cierto legítima si hubiesen sido los mismos hombres quienes inventaron al hombre como "persona". La doctrina católica con respecto al hombre es reclamada sin embargo hacia otro fundamento, y es el mismo Juan Pablo II quien aclara de manera singular este fundamento de la dignidad humana injertándolo en la conciencia de los contemporáneos que se interrogan sobre las cuestiones de la paz, de los derechos humanos, la justa redistribución de los bienes, del desarrollo, del trabajo, de la historia. El fundamento del ser personal del hombre reside en la realidad de Dios, que creó al hombre. Y por lo tanto la insuperable altura y dignidad del hombre responde a una peculiar decisión del Dios creador. Por elección de Dios, el hombre es imagen y semejanza de la divinidad; ninguna otra cosa en el cosmos, sino el hombre, es imagen y semejanza de Dios.

Partiendo desde esta visión sobre el hombre, también la cuestión de la paz se vuelve para el cristiano algo muy distinto de las actuales discusiones sobre la paz. Un debate por la paz, así como

hoy es conducido, sin considerar la realidad de Dios y la semejanza de los hombres con el Creador, puede proceder solamente según el principio de "igualdad": igualdad en los armamentos o en el desarme, igualdad en la debilidad o en la fuerza, igualdad en los intereses y en las oportunidades, igualdad entre los hombres. Incluso quien por íntimo pacifismo se desarma unilateralmente, intenta inducir a su adversario a reducir las propias fuerzas en igual medida. Sin la orientación del pensamiento hacia Dios y hacia la verdad del hombre, una estrategia para la paz no puede más que apoyarse solamente y siempre sobre el principio de igualdad a más niveles. Frente a esto, para la doctrina católica la paz no se consigue ni se hace estable bajo el principio de la igualdad. Para ello es necesario una verdad indisponible y no manipulable; para la doctrina católica la paz no es real mediante el principio de la igualdad, sino que solamente con el principio de la dignidad del hombre. Incluso, la paz vive únicamente de la verdad del ser humano creado por Dios. Las estrategias de la igualdad producen, en el mejor de los casos, solamente igualdad: igualdad en las fuerzas, igualdad en la reducción de los armamentos, igualdad en los riesgos, y tal vez también igualdad en la miseria y en la deshumanización. La igualdad de por sí, en definitiva, no tiene el poder de defender al hombre ante lo que sea. Así también el debate por la paz conducido exclusivamente sobre la base de la igualdad es una empresa ciega, desplegándose según el vacío principio: lo que importa es la igualdad. Por esta razón, la doctrina católica atribuye a la capacidad de paz del hombre, la realidad de Dios y la dignidad de la imagen divina del hombre.

Es signo particular de la actual mentalidad que domina los debates, que los temas de la paz y la guerra sean tratados constantemente sobre la base de la amenazante destrucción total (...)

La doctrina católica convierte la cuestión de la igualdad en cuestión de dignidad, de derechos, de bien y de tutela de la persona humana. El hombre tiene preeminencia sobre el mero estado de igualdad. La finalidad última de la paz cristianamente concebida no es un mundo y una historia fijados en el equilibrio total de la igualdad; la realidad cristiana de la paz es la transformación en un mundo en el cual sea posible que uno y otro puedan relacionarse a través del "tú", donde en cada cosa el hombre pueda percibir la felicidad que dice: ¡Qué hermoso es que tú existas! Y también el profundo significado de la libertad humana es mucho más que una formal libertad civil; la libertad del hombre consiste en último término en el transformar un mundo anónimo de "estados" o situaciones, en un mundo de solidaridad, de mutua responsabilidad y solicitud, de recíproco desarrollo y sentido del deber. Los hombres no sólo deben evitar la guerra, sino que están obligados en primer lugar a fundar una paz humana y digna del hombre. Es éste el humanismo en que el pacifismo debe ingresar para su necesaria transformación.

JUSTICIA EN LA VERDAD

En la doctrina cristiana de la paz siempre son básicas las palabras del profeta: *Opus iustitiae erit pax*, el fruto de la justicia será la paz (cfr. Isaías 32, 17). La justicia es un valor positivo en el que se apoyan todos los gobiernos y partidos, todo grupo humano en el mundo entero, con el fin de orientar sus acciones y

(...) Naturalmente, si se medita sobre la paz bajo la luz de la amenaza total, todo pensamiento dirigido hacia una paz humanizada parece superfluo o tardío.

decisiones. Pero la antiquísima máxima según la cual la suprema justicia puede significar la suprema injusticia —*summum ius, summa iniuria*— demuestra que el hombre no logra de hecho garantizar la paz sobre la tierra. También la justicia de los hombres puede faltar a la verdad fundamental, como está evidenciado en el caso de la mera igualdad. *Fiat iustitia et pereas mundus*: una justicia tal no es una justicia digna del hombre; es una justicia sin verdad.

La doctrina de la Iglesia Católica relativa a la paz es una doctrina sobre la paz humanizada. Por lo tanto, ella se pregunta en qué modo la paz pueda servir al hombre; sólo posteriormente se impone la pregunta en cuanto a qué manera puede el hombre servir a la paz. Entonces es el hombre la medida de la paz.

En esta nuestra reflexión no nos ocupamos de indicar los muchos recorridos necesarios para una más alta justicia: ausencia de derecho y error son siempre los mayores peligros. En torno a la cuestión de la justicia, lo que aquí nos interesa es el problema fundamental: si la justicia en el mundo, como principio meramente formal, sea suficiente para dar una paz estable. La respuesta es que también en la justicia, así como en la igualdad, debe estar contemplada la verdad del hombre. Si la justicia no se empeña por la más íntima verdad del hombre, entonces éste puede convertirse sin más en “víctima” de la justicia. La justicia entendida como equilibrada igualdad en la distribución de los bienes jamás conduce a una armónica construcción del mundo, en el que todo esté regulado según la equidad; esto no sólo en el presente, sino también en lo relativo al futuro.

Cuanto más grande quiere ser la justicia, tanto más debe poseer un rostro humano. En la encíclica sobre la misericordia divina, Juan Pablo II señala aquella verdadera justicia que, más allá de cualquier tipo de distribución de los bienes, es al mismo tiempo una continua e incondicionada comprensión de la dignidad del hombre: la misericordia. La misericordia es la justicia que confiere prioridad a la dignidad del hombre, que teje relaciones de justicia partiendo del hombre, no dejado a merced de un anónimo proceso de justicia distributiva: *“La relación de misericordia se basa sobre la común experiencia de ese bien que es el hombre, sobre la común experiencia de la dignidad que le es propia”*. (n. 6).

El pacifismo inducido por el miedo total no puede responder de la conciencia, ni de la sobrevivencia de la especie humana, ni de los hijos, ni de los hijos de los hijos, ni de la solicitud por el planeta Tierra, ni de la prevención de crisis y catástrofes, aun si todo esto viene envuelto en una abundancia de palabras.

Se malentiende la misericordia cuando con ella se quiere entender una justicia no actuada en su totalidad, una suerte de generosidad que pasa por sobre la justicia. La misericordia, bien comprendida, es la fidelidad hacia la dignidad del hombre en cada cosa que el hombre construye: en política, en economía, en la cultura, en la ciencia, en la técnica, en el progreso, en el trabajo, en el desarrollo, en la prevención y en la asistencia.

Quien permanece fiel y empeñado en la verdad y en la dignidad del hombre encontrará también las vías concretas para la justicia; ése será hombre de paz. La paz es un asunto de misericordia.

dia, porque la misericordia es la vivida fidelidad hacia el hombre, la verdad y la dignidad del hombre. Si nosotros cristianos afirmamos que Dios, creador del mundo, puso el sentido del hombre por él creado en el hombre mismo, en cuanto a su imagen y semejanza, entonces igualmente debemos afirmar, en una época agitada y atormentada como la nuestra, que la paz, cual feliz camino de la historia, debe tener su fundamento en la verdad del ser del hombre, en la fidelidad hacia el hombre, en la misericordia. Quien divisa en el hombre el sentido de la historia y del mundo, no puede más que atribuir el hombre a Dios.

Para la doctrina católica la paz no es real mediante el principio de la igualdad, sino que solamente con el principio de la dignidad del hombre. Incluso, la paz vive únicamente de la verdad del ser humano creado por Dios (...)

El hombre degenera en un infausto superhombre si no se experimenta como imagen de Dios y objeto de su amor: es precisamente ésta la bifurcación en la cual la libertad del hombre se convierte en su verdad o en su nefasto arbitrio. Una libertad sin verdad, o sea una libertad sin amor, viene a ser al fin un trámite de violencia y de guerra. La libertad del hombre consiste en su poder de autodeterminación: el hombre no puede abdicar a las posibilidades vitales de su libertad en favor de un mero estado de hecho, aunque se trate de un estado de paz.

Hoy se dan muy buenos consejos con el fin de promover la paz: la mayor parte de ellos se refieren a evitar la guerra. Con respecto a estos consejos, el cristiano posee la ventaja de su creencia fundamental: que Dios no odia nada de lo que quiso crear. Dios

se ubica junto al hombre en misericordiosa fidelidad, y es por ello que el cristiano se mueve en un fundamental estado de paz y confianza, no de miedo.

El cristiano sabe entonces que la paz puede ser solamente una paz humana, es decir, sostenida por la consciente libertad del hombre. Antes que ocuparse en impedir la guerra, antes del desarme general, existe para el cristiano una obligación todavía más fundamental: la paz más segura y mejor es la paz digna del hombre: ¡Hombres, convertíos en hombres según el sentido querido por Dios, y la paz os pertenecerá!

(...) Las estrategias de la igualdad producen, en el mejor de los casos, solamente igualdad: igualdad en las fuerzas, igualdad en la reducción de los armamentos, igualdad en los riesgos, y tal vez también igualdad en la miseria y en la deshumanización.

La vía de la paz es la realidad de la paz en este mundo. En mérito a la cuestión de la paz, nosotros cristianos apuntamos sobre los hombres y no sobre las estrategias. Esta es la paz de Cristo, el Redentor, aquel que nos revela el verdadero ser del hombre, nos da la paz que reside en la más pura y alta realidad divina, la *"pax perfecta in perfecta fruitioni summi boni"*, según las palabras de Tomás de Aquino (*Summa Theologiae*, II - II, q. 29, a. 2 ad 3). La cotidiana y terrena realidad de la paz es, como escribe todavía el Doctor Angélico, la *"pax vera... nisi in bonis et bonorum"* (II - II, q. 29, a. 2 ad 3): la paz verdadera no puede hallarse más que en los buenos y en el bien.